

MARXISMO OCCIDENTAL Y LATINOAMERICANO*

ANTONIO JUÁREZ Y ROSA MARÍA CHÁVEZ

Recientemente la Universidad Nacional Autónoma de México premió la investigación que en el campo de la filosofía ha desarrollado Adolfo Sánchez Vázquez, uno de los marxistas contemporáneos más creativos y consistentes.

Sánchez Vázquez ha sido declarado profesor emérito de nuestra máxima casa de estudios en un acto que con precisión puede calificarse como justo homenaje a la honestidad intelectual, es decir a la claridad de las ideas.

La que sigue es una entrevista en la que Adolfo Sánchez Vázquez respondió a preguntas sobre el desarrollo del marxismo occidental; los usos de Marx por la izquierda mexicana y la contribución al marxismo por parte del pensamiento latinoamericano.

¿Es posible hablar de un desarrollo marxista en Occidente ajeno al pensamiento marxista que se da en el "socialismo real"?

Sí, se puede hablar de cierto desarrollo en Occidente si por él se entiende el empeño de dar vida al pensamiento marxista que, desde los años treinta, se había estancado y, hasta cierto punto, deformado en los países del Este. Este pensamiento ha discurrido por cauces ajenos a los del "socialismo real" en cuanto que se ha esforzado por rescatar al marxismo de la ideologización que a la teoría imponía el dogma estatal o partidario. Pero este marxismo de Occidente se ha visto limitado, en primer lugar, por su carácter puramente occidental que se ha reflejado en su eurocentrismo, lo que le

* *Así es*, núm. 21. México, 14 de marzo de 1986.

ha llevado a ignorar las aportaciones al marxismo en el Tercer Mundo y, particularmente, en América Latina. Otra limitación reside en su incapacidad para proseguir la vía emprendida por Gramsci en busca de una alternativa política occidental a la doble vía tradicional que se encuentra desde hace años en un punto muerto: la de la socialdemocracia y la del movimiento comunista inspirado por la III Internacional. Pero hay que subrayar también que el marxismo occidental no cubre todo lo ajeno al socialismo real. Baste recordar la aportación de Yugoslavia al marxismo y, dentro de ella, la de los teóricos yugoslavos que originariamente se agruparon en torno a la desaparecida —y no por voluntad propia— revista *Praxis*. Y hay que recordar también la vigorosa aportación de los marxistas italianos que no podría reducirse a una rama del llamado marxismo occidental y menos aún del pensamiento del “socialismo real”.

¿Existe un marxismo de Occidente formado bajo la influencia del existencialismo de los años cincuentas; del estructuralismo en los sesentas y de la teorización en torno al poder de la década de los setentas?

Ciertamente en Occidente se ha dado un marxismo que se ha desarrollado al contacto, bajo la influencia o en oposición a corrientes del pensamiento ajenas: existencialismo, estructuralismo y teorías políticas que hacen énfasis en la problemática del poder. Respecto al existencialismo, bastaría citar el intento de Sartre de existencializar el marxismo y de algunos marxistas de marxificar —en un sentido humanista— el existencialismo. Frente a este doble intento de apropiación del marxismo, reaccionan Althusser y sus discípulos en la década de los sesentas con su “antihumanismo teórico” construido con base en el estructuralismo y en una nueva versión del viejo cientifismo. Finalmente, al hacerse eco de la ruidosa problemática del poder, algunos marxistas han pretendido llenar las viejas lagunas en la teoría marxista del Estado, pero sólo han podido hacerlo en la medida en que sus obsesiones por el tema del poder no les llevan a olvidar su fundamento: las relaciones de explotación.

¿Se puede hablar de crisis de ciertas categorías fundamentales del marxismo, (clase social, sujeto revolucionario) en tanto que se ha

vuelto evidente que hoy el sujeto revolucionario no puede ser definido esencialmente sólo por su papel en el proceso productivo sino articulado también a la parte ideológica y política de la lucha social?

No pienso que estemos ante una crisis de esas categorías fundamentales. Lo que ha entrado en crisis es la consideración abstracta, especulativa de ellas que se vuelve de espaldas a los cambios que impone la práctica, la vida real. El concepto de clase tomando en cuenta esos cambios sigue siendo básico, pero ello exige a su vez tomar en cuenta, dentro de ella, el concepto de fracciones de clase —cuya importancia ya había sido advertida por Marx— y fuera de ella, y particularmente en los países cuya lucha por su emancipación rebasa los límites de clase, hay que recurrir al concepto de alianza de clases en frentes, movimientos nacionales, como los de ayer en Cuba y hoy en Nicaragua o El Salvador. Ciertamente, para que una clase por si misma o en alianza con otras desarrolle como sujeto su potencial revolucionario se requiere que sea entendida no sólo en sentido económico sino con todo su significado político e ideológico, es decir, en el triple plano de su conciencia, organización y acción.

¿Qué influencia ha tenido en la política mexicana el marxismo a partir de la posguerra?

Sin desconocer la realidad, en el sentido de que el marxismo no inspira todavía a fuerzas políticas que tengan un peso político decisivo en la vida política nacional, hay que reconocer que su influencia ha crecido a partir de la posguerra y, en particular, después del movimiento de 1968. Y aunque esta influencia no sea determinante en la clase que constituye su espacio natural, es indudable que, lejos de estancarse, aumenta. Bastaría para avalar esto el comportamiento de los partidos que hoy constituyen la verdadera izquierda y que, no obstante las dificultades que encuentran dentro, fuera de ellos y en sus relaciones mutuas, se hallan muy por encima de los partidos o fuerzas políticas que se consideraban marxistas hace años. Ignorar el papel del marxismo en este crecimiento —incluso en movimientos o partidos de izquierda que no se consideran marxistas— sería negar la propia realidad.

Es evidente que existe un conocimiento superficial del marxismo por parte de los grupos, organizaciones y partidos políticos mexicanos que se proclaman de izquierda; ¿podría hablarse por ello de un marxismo simulado para usos políticos, pero sin sustento ideológico?

Esta caracterización de “marxismo simulado” no podría extenderse a todos los partidos de la izquierda revolucionaria, aunque para salvarse de ella no bastaría considerarse marxista-leninista si con ello se pretenden ocultar —como sucedió con algún partido en el movimiento de 1968— las peores claudicaciones.

Pero sí se podría llamar la atención, con un carácter general, sobre cierta inatención al alto papel que Marx atribuía a la teoría como fundamento racional de la acción y, en particular, a la teoría marxista que debe impulsarla. De ahí el silencio o la ambigüedad a veces en torno a grandes cuestiones políticas que exigen un claro y elevado esfuerzo teórico. Esto crea condiciones favorables para cierta superficialidad teórica que no deja de tener consecuencias prácticas al fallar el conocimiento de la realidad que debiera servir a la práctica. Hay cuestiones fundamentales que no se abordan a fondo aunque para ello se cuenta no sólo con el instrumental teórico del marxismo sino también con el caudal nada desdeñable —que con su aplicación tenemos ya en México— para el conocimiento de la realidad del país: de su economía, clases, cultura, Estado, etcétera. Más que de un “marxismo simulado” habría que hablar del “marxismo perezoso” de ciertos grupos, organizaciones o partidos.

Usted ha desarrollado un pensamiento marxista alternativo con respecto al de los manuales, ligado al desarrollo de un pensamiento plural definido no por el Estado sino por la práctica política de las masas; ¿se puede suponer que este pensamiento alternativo se ligue en México a la lucha política de algún partido?

El pensamiento marxista alternativo del que usted habla, y no quisiera reducirlo al mío, tiene que tomar ciertamente las experiencias —positivas y negativas— de la lucha política inspirada por los partidos marxistas, pero también de los movimientos sociales —ecologistas, feministas, juveniles, etcétera— que no se encuadran en ellos

ni pueden ser considerados como simples apéndices de los partidos políticos por muy marxistas que sean. Ni el pensamiento marxista puede inspirar a un solo partido —al partido único de la clase obrera como se decía antes y dicen algunos todavía—, ni un partido puede considerarse por sí sólo el depositario del marxismo.

Desde su punto de vista, ¿cuál es la contribución más importante de la izquierda latinoamericana al pensamiento marxista?

En el plano del pensamiento, sigue siendo ejemplar la contribución de Mariátegui. Y no porque hoy debamos aceptar todas y cada una de las conclusiones a que llega, sino porque sigue siendo un ejemplo de cómo aplicar el marxismo de un modo vivo, creador en la tarea de comprender la realidad de los países latinoamericanos que la izquierda revolucionaria aspira a transformar.